

XI

Una campaña de los polacos y de los tártaros contra los rusos, fomentada por Kiuperli, pero en la que no empeñó tropas otomanas, destrozó en Azof veinte mil cosacos que se habian vendido á los rusos. Kiuperli hizo construir nuevas fortalezas para cerrar el imperio demasiado abierto por el Norte, una en la desembocadura del Don, llamada Seddul-Islam, (Dique del islamismo); otra en las márgenes del Dnieper en el *vado del halcon*; la tercera en medio de las estepas de la Tartaria, entre el Dnieper y el Don para dominar sólidamente á los mismos tártaros, los mas numerosos, los mas consanguineos, pero los mas indisciplinables de sus feudatarios; la cuarta entre el mar Caspio y el Negro, en los desiertos que envian á veces torrentes de hombres al Norte y al Mediodia.

Los fuertes de los Dardanelos fueron multiplicados y reforzados para que sirvieran de escollos inevitables á las escuadras con que Venecia intentara penetrar en el corazon del imperio. Entónces mandó responder al embajador de Austria que se quejaba del asalto

de Grosswardein, y que pedia una indemnizacion por él: « El leon, mi señor, no teme ni el agua ni el fuego, y si todas las potencias cristianas reunidas en la tierra ó en el mar quieren probar sus fuerzas, que lo hagan. Yo he vivido lo bastante para afirmar el trono de mi padischah y la religion del Profeta. »

XII

Su genio al apagarse lanzó vivos resplandores. Abrumado de dias y laureles, conoció sin que se aflagiera que le llegaba la hora de su muerte. Su obra le sobrevivía; su nombre no podia morir. Rogó al sultan, que lo veneraba como un padre, que viniera á celebrar un divan secreto junto á su lecho de muerte. En una larga conversacion le legó su política:

« Todas las desgracias de vuestra infancia, » le dijo, « han provenido de la influencia de las mujeres en el gobierno; entregadles vuestro corazon, jamás vuestra política; no dejes que la ociosidad corrompa vuestras tropas; y poneos á menudo á la cabeza del ejército, á fin de que los facciosos tiemblen dentro, y los giaurs os respeten fuera. En cuanto

« al tesoro , no sufráis jamás que quede exhausto ,
 « porque puede sobrevenir la desgracia por los cua-
 « tro puntos del horizonte sobre un imperio tan vasto
 « como el vuestro ; que no hay daño irreparable cuan-
 « do se tiene un tesoro lleno y un pueblo sumiso. »

Espiró en paz despues de haber vertido su experi-
 encia en la memoria y en el corazon de su jóven
 soberano. Llegando al poder á los setenta y dos años,
 solo gobernó cinco, pero en ellos regeneró la Turquía.

XIII

Apénas exhaló Kiuperli su último suspiro, el sul-
 tan llamó á Andrinópolis al primogénito de sus hijos,
 Ahmed-Kiuperli. Este jóven, de edad de veintiseis
 años, era entónces caimakan, ó teniente de su pa-
 dre en Constantinopla. Mahomet IV le entregó el sello
 del imperio como un legado. Era el 1º de noviembre
 de 1661.

Ahmed-Kiuperli habia recibido de la naturaleza el
 genio y el carácter indómito de su padre ; pero tenía
 además por la felicidad de su nacimiento, una edu-
 cacion literaria y política que perfeccionaba sus dotes

naturales. La historia de esta familia en la que el vi-
 sirato fué tres veces hereditario, es en cierto modo la
 del imperio durante el periodo de veintisiete años.
 Ahmed fué el mas notable de los tres Kiuperlis. Bajo
 este aspecto, nada de lo que caracteriza esta figura
 histórica es indiferente á la narracion : los pueblos
 tienen una existencia en cierto modo anónima ; al-
 gunos grandes nombres la trasmiten á la posteridad.

XIV

Entre todos los hombres de estado que por sus
 obras han inscrito sus nombre en los reinados tan
 profundamente como los mismos reyes, aquel con
 quien Ahmed-Kiuperli tiene mas semejanza es el del
 estadista inglés M. Pitt. Como este, gobernó sobera-
 namente bajo un monarca oscurecido en el trono ;
 como él, sucedió en la flor de su juventud á un pa-
 dre que se habia preparado un sucesor en su hijo ;
 como él, tuvo un genio diferente pero igual al de su
 padre ; como él solo vivió para gobernar ; su única
 pasion fué la de su dominacion, la defensa del país,

la grandeza de la monarquía; como él en fin, murió jóven; sin haber conocido la desgracia, dejando en pos de sí una fama amarga á los enemigos de su patria, pero que entre los ingleses y los otomanos se confunde con el patriotismo del país mismo.

Ahmed-Kiuperli no habia tenido infancia: su padre, previendo las vicisitudes de la fortuna y las confiscaciones que sufren á veces en Turquía los altos funcionarios públicos, habia querido poner á cubierto á su hijo querido contra estas catástrofes y estos despojos agregándolo á la corporacion mas modesta, pero al mismo mas segura de los ulemas. Destinábalo á la carrera judicial. Sus estudios habian sido tanto mas precoces y sérios, cuanto que su padre, que no sabia leer ni escribir, daba mucho mas valor á las ventajas de una educacion que él no habia tenido. La admirable aptitud de este jóven habia correspondido á tantas lecciones. La religion, el derecho civil, el derecho público, la política, la elocuencia, la historia, las lenguas árabe, persa, turca é italiana nutrian su inteligencia ó adornaban su memoria. Una lectura asídua habia dado la madurez á las ideas y la elegancia al estilo que dan al hombre la seguridad del pensamiento y la fluidez de elocucion. Estos estudios y su aficion á los severos placeres del espíritu habian impreso en su fisonomía y su actitud un

sello de reflexion y de gravedad dulces que no imponen el respeto, sino que lo inspiran.

Su exterior revelaba su precocidad. Era de elevada y noble estatura, un poco inclinado hácia adelante; su frente era espaciosa, sus ojos bien rasgados, su tez blanca, como la de un hombre que vive á la sombra de las bibliotecas; su manera de recibir era modesto, decente y gracioso; la rudeza del padre habia desaparecido en el hijo; parecia que queria hacer olvidar el título de hijo de un gran visir. Adicto, por la filosofia que se le habia enseñado, á los bienes reales y permanentes, tales como la virtud y la gloria, mas que á los perecederos, tales como la ambicion, la sensualidad, las riquezas, su desinterés era ejemplar, y los presentes que se le ofrecian los consideraba como ofensas. Amigo de la regla y del orden por deber, jamás por cólera ni pasion, miraba con horror á los *chiaux*, á los spahis, instrumentos de los homicidios que deshonoraban aun en tiempo de su padre la política del divan, y él creía que no se debía pedir á las penas mas que lo que no se podia obtener de la razon y del interés bien entendido de los pueblos. El khodja de Kiuperli, Othman, hombre consumado en sabiduría y discrecion, le habia trasmitido sus virtudes.

Tal era el hombre á quien Mahomet IV iba á confiar su trono y el imperio. Fatigado ántes de tiempo por

las tempestades que habian agitado su cuna, dichoso con encontrar la seguridad y la paz bajo la tutela de un ministro, expuesto á las vicisitudes de las facciones en tanto que él gozaba de reposo, del amor y los deleites de su juventud, dado á la caza como buen hijo de los turcomanos, este sultan habia resuelto tanto por instinto como por política, de no reinar nunca, para libertarse de las conmociones y de la terrible responsabilidad del gobierno; pero recto y firme en su eleccion, sabia escoger sus ministros y sostenerlos despues de haberlos escogido. El nombre de Kiuperli, independientemente del mérito del que lo llevaba, le parecia una inspiracion celeste, un nombre de feliz augurio para el imperio y para su casa.

XV

Ahmed-Kiuperli no desmintió ninguno de estos presagios. Aunque muy jóven, sus viajes por las provincias del imperio, el gobierno de Damasco, algunas campañas contra los kurdos y contra los drusos, y en fin, el ejercicio reciente de las funciones de caimakan

en Constantinopla, juntamente con las conversaciones paternas, lo habian preparado para gobernar. Comenzó mostrándose severo, á fin de mostrarse impunemente indulgente. Quería aflojar insensiblemente los resortes demasiado indulgentes del gobierno, pero deseaba que su dulzura no fuese calificada de debilidad, y que al cambiar no disminuyese el respeto á la autoridad.

El mayordomo mayor Deli-Hafiz, enemigo de Mohammed-Kiuperli, fué desterrado á Chipre por haber mostrado su alegría al pasar por delante de su casa el cadáver del gran visir. Habiendo criticado el muftí en el divan algunas ejecuciones del último gobierno, « ¿Quién ha firmado estas sentencias de muerte? » le preguntó Ahmed.

« Yo, » respondió el muftí; « pero las he firmado por intimidación, y porque temia por mí mismo. »

« Effendi, » le replicó severamente el nuevo gran visir, « ¿debes tú, que estás versado en la ley del Profeta, temer á un ministro mas que lo que temes á Dios? »

El muftí destituido fué á expiar su cobardía á Rhodas, y el virtuoso Sanizadé fué nombrado en su lugar.

XVI

El orden, restablecido por su padre, le permitió dirigir sus miradas hácia la Alemania. El primero de los Kiuperli lo habia preparado todo de modo que se pudiese contrarrestar la sorda hostilidad del Austria. La guerra se encendia por sí misma en las provincias limítrofes de los dos imperios, de Hungría y de Transilvania. Los comandantes de las plazas fuertes del partido de los imperiales y los bajás gobernadores de provincias por parte de los turcos combatian ó se reconciliaban sin conocimiento prévio de sus respectivos gobiernos. Los generales, casi todos italianos, de los ejércitos del emperador Leopoldo, y los voluntarios de la Lorena ó de la Francia, que habia llevado á sus filas el fanatismo de la gloria y de la fé, se hacian, en obsequio del papa y de Venecia, campeones de una guerra sagrada, que la política no sancionaba todavía. Partidarios húngaros y transilvanos, excitados por esta caballería de Alemania, francesa é italiana, guerreaban siempre con uno ú otro pretexto contra las guarniciones turcas del Danubio.

Alí, bajá de Ofen, envió á negociar en Hutz á Hussein-bajá, y el comandante de esta plaza lo mandó fusilar pérfidamente. Alí vengó el asesinato de su embajador haciendo una correría por el Palatinado de Marmarosch. La Transilvania fué incendiada; un noble del país, Miguel Apafi recibió su investidura. Los tártaros de Crimea, caballería innumerable, que era respecto de los turcos lo que los cosacos respecto de los rusos, acudieron al llamamiento de Alí-bajá y reforzaron su ejército con cuarenta mil sables. Hermanstadt y Temeswar se libraron de ser quemadas pagando doscientos mil ducados para los gastos de la guerra que habian emprendido deslealmente contra los turcos.

Kemeny, otro pretendiente á la soberanía de la Transilvania, apoyado indirectamente por los imperiales, volvió con un ejército de partidarios á esta provincia, despues de la retirada de Alí y de los tártaros. Vencido Rakoczy, como lo habia sido un año ántes, por Kutschuk-bajá, teniente de Alí, Kemeny, derribado de su caballo, pereció en su derrota bajo los piés de los caballos del bajá.

XVII

Todo presagiaba un choque próximo, y por decirlo así involuntario, entre los dos imperios, impulsados por sus pueblos. Kiuperli hubiera querido aplazar la lucha hasta la conclusion de la guerra con Venecia y de la conquista lenta de Creta. El partido del haren, á quien su juventud y su inexperiencia imponian ménos respeto que el impuesto por el viejo Kiuperli, lo acusaba por su longanimidad, y se quejaba de la autoridad demasiado absoluta que pretendia ejercer, como su padre, sobre el sultan. La Validé Tarkhan, irritada porque habia depuesto á su protegido el defterdar Hussein-bajá, representaba á su hijo que si la deferencia era gloriosa tratándose de un anciano, era humillante respecto de un jóven que no tenia mas grandeza que la de su orgullo. La sultana Validé empleaba sobre su hijo, para fomentar el deseo de reinar por sí mismo, las insinuaciones de los favoritos y la voz de los scheiks.

Un dia que el sultan pasaba á caballo por delante de la mezquita *de las rosas*, en Andrinópolis, cuando

estaba en el púlpito un predicador célebre, Mahomet IV se apeó del caballo, y entró á oír la divina palabra. Viendo al sultan, el predicador cambió de repente de texto, y apostrofando indignamente al padischah: « Te hemos puesto en la tierra, » exclamé citando un versículo del Coran, « para suceder en ella al Profeta; juzga tú pues con justicia los hombres que te hemos confiado. »

Mahomet IV se abstuvo otra vez de cazar, única ocupacion de su vida, por consejo de su madre; colocóse detrás de la reja del kiosko *de las Revistas*, desde donde se veian todos aquellos que iban á las audiencias del gran visir, y mandó castigar severamente á los cristianos que se presentaban con el traje reservado por las leyes para los musulmanes. Un jóven Armenio, que según la costumbre introducida, llevaba el dia de su casamiento pantuflas amarillas, fué prendido en medio de su cortejo, arrancado del lado de la que iba á ser su esposa, y castigado con la pena de muerte.

Un uso tan pueril y tan atroz de su autoridad hizo murmurar á Andrinópolis, y convenció al sultan y á su madre de que el gobierno solo seria en tales manos juguete de la ignorancia y del despotismo. La sultana Tarkhan se reconcilió con el jóven Kiuperli á consecuencia de los favores que el gran visir con-

cedió hábilmente á Schamizade , confidente de esta princesa. Una liga política entre estas tres influencias del serrallo afirmó el poder en manos del gran visir.

XVIII

Venecia, cansada de una guerra que agotaba su hacienda y sus arsenales, comenzaba á negociar secretamente un acomodamiento por medio de Ballarino, su agente secreto en Andrinópolis. Kiuperli, atento á las disposiciones de la Alemania que le hacian presentir una guerra continental, se mostraba inclinado á dividir la posesion de la Creta con la república, y á aplazar una de estas guerras para volver todas sus fuerzas contra los imperiales. Un encuentro marítimo en las aguas de Chio, entre la flota veneciana y la flota otomana, rompió fortuitamente las negociaciones. Las de la Puerta con el Austria acerca de la Transilvania, no tuvieron mas resultado que el rompimiento completo en 1662 de la larga paz renovada cinco veces bajo el nombre de tregua. La Puerta rehusó definitivamente renunciar al derecho de nom-

brar los príncipes de Transilvania. El 16 de marzo de 1663, Kiuperli, despues de haber nombrado á su cuñado Kara-Mustafá, caimakan de Constantinopla, para que le respondiera de la capital durante su ausencia, salió de Andrinópolis para ponerse á la cabeza del ejército.

El sultan acompañó á su visir hasta la primera estacion fuera de Andrinópolis, y le entregó con pompa el estandarte del Profeta y un sable con puño de diamantes. El ejército lo aguardaba en Belgrado, y recibió al omnipotente visir como hubiese recibido al sultan mismo. Los dos hermanos de Kiuperli, Mustafá-Beg y Alí-Beg, marchaban á su lado; el ejército entero se replegó á su paso para acompañarlo hasta su tienda plantada en la falda de las colinas á cuyos piés se juntan el Danubio y la Savia, casi tan ancho como el rio en que se pierden sus aguas.

El baron de Gœs y el residente austriaco en Andrinópolis, Reninger, plenipotenciarios del duque de Sagan, ministro del imperio, aguardaban á Kiuperli en Belgrado para intentar otra vez mas una negociacion pacífica. El visir los recibió urbana pero friamente; los hizo montar á caballo y los llevó á una colina desde donde se veian todas sus tropas. Ascendia el número de estas á ciento veinticinco mil hombres escogidos, con ciento veinticinco piezas de arti-

llería de campaña, doce cañones enormes de sitio, sesenta mil camellos y doce mil mulos cargados de víveres y municiones. Ciento veinte mil tártaros estaban en marcha para reforzarlo con bandas de caballería mal disciplinada y devastadora. Ahmed-Gherai, hijo del khan de los tártaros, la mandaba. Tal ejército á las órdenes de un jóven que se llamaba Kiuperli, era la mas elocuente de las diplomacias. Las conferencias se abrieron bajo esta impresion.

Kiuperli pidió para retirarse las condiciones de Soliman el Grande, por tanto tiempo aceptadas por el Austria, es decir, el reconocimiento del derecho de proteccion de la Puerta sobre la Transilvania, la restitucion de las ciudades húngaras conquistadas contra la fé de los tratados por los partidarios austriacos, en fin, la renovacion del tributo anual de treinta mil ducados, pagado ántes y caído en desuso. Los plenipotenciarios prometieron el cumplimiento de los primeros artículos; en cuanto al último, declararon que no osarian someter al duque de Sagan una proposicion tan contraria á la dignidad de un gran imperio; comprarian la paz por la justicia, por la deferencia, jamás por la humillacion del vasallaje.

XIX

Kiuperli llevó al ejército hasta Ersek, en donde se renovaron vanamente las conferencias entre los mismos plenipotenciarios y Ali-bajá, serdar de Hungría, comandante de la vanguardia de los otomanos. Ali-bajá y Mohammed-bajá cólega suyo, no aguardaron la respuesta de Viena para atacar al ejército húngaro de Forgacs y de Palfy en Neuhönsel. Treinta mil húngaros perecieron en el encuentro ó en el rio. Forgacs se encerró con los restos del ejército en Neuhönsel. Palfy no escapó mas que con dos húsares y su escolta, miles de cabezas fueron amontonadas á los piés del gran visir que habia mandado la batalla. Los ciento veinticinco mil tártaros llegaron la tarde de la victoria; el hijo del khan, Ahmed-Gherai, armado con un sable, un puñal y una aljaba, vestido con una chaqueta de brocado, guarnecida de armiño, cubierta la cabeza con un kalpak de marta, escoltado por tártaros y cosacos de Crimea con el mismo traje y las mismas armas asiáticas, traia á la memoria á Timur-Lenk en medio de sus conquistas.

Kiuperli dividió aquella muchedumbre en cuatro campamentos al rededor de la ciudad, y él mismo dirigió los asaltos. Los húngaros, apesar de la elevacion y el espesor de sus murallas, obligaron á capitular á sus generales el marqués Pio y Forgacs, sublevándose por cobardía. La victoria de Neuhoensel y principalmente la caída de esta fortaleza de la Hungria, reputada inexpugnable, difundieron la consternacion en toda la Alemania. Estos dos triunfos animaron á Kiuperli á ejecutar en su propio ejército un golpe de estado que creyó deber al afianzamiento de su reciente autoridad.

El confidente íntimo de la sultana Validé, Schamizade, que habia seguido al gran visir, ménos como amigo que como vigilante celoso de su conducta, conspiraba con la sultana para derribar á Kiuperli al primer revés, y poner en su lugar á su padre político Ibrahim-bajá, que iba en el ejército como uno de los tenientes del visir. Informado de esta trama, Kiuperli escribió al sultan que si no se desmentia el rumor de su deposicion con el suplicio inmediato de los traidores que se lisongeaban con sucederle, su ascendiente disminuiria en daño de la campaña.

Mahomet IV, sin consultar á su madre, respondió á Kiuperli que no atendiera mas que á la salvacion del imperio. Al dia siguiente de recibir esta contes-

tacion, el favorito de la sultana y su cómplice Ibrahim fueron decapitados con sorpresa de las tropas, ante la tienda de Kiuperli; y sus cabezas, enviadas á Andrinópolis como las de dos traidores, atestiguaron el favor inalterable del ministro. La sultana Tarkhan temió por su propio influjo y se abrigó con su título de madre :

« Mi visir, » escribió el sultan á Kiuperli, « ha ganado el pan de mis esclavos no teniendo mas al-
« fombra que las piedras, ni mas leche que la tierra
« desnuda : ¡ que mi pan le aproveche ! »

XX

Entretanto el principe electo de Transilvania, Apafy habia acudido con sus principales partidarios á abrigarse bajo la proteccion del ejército turco. Un noble transilvano, llamado Haller, sospechoso de aspirar á la investidura del principado, iba con él, Kiuperli recibió desdeñosamente á Apafy, y mandó decapitar y arrojar el cadáver de Haller al rio.

Las plazas próximas de Lewenz, Novigrad, Neutra, Freystad, Schintau, cayeron en su poder. Los tártas-

ros derramados por la Moravia y la Silesia trajeron multitud de jóvenes encerradas en sacos á la grupa de sus caballos, ó emparejadas como perros en trahilla; sus hordas con el hierro y la tea en la mano, galoparon en medio de las llamas hasta tres millas de Olmütz; las tierras de los príncipes de Dietrichstein y de Liechtenstein fueron devastadas; doce mil vasallos suyos fueron reducidos á la esclavitud y vendidos en el mercado de Neuhoesel. Presburgo vió desde sus fortificaciones la quema de treinta y dos pueblos florecientes. Mil trescientos carros cargados de mujeres y de niños, enviados delante por los cosacos y los húsares del khan de Tartaria, y ochenta mil húngaros esclavos marchaban en filas hácia Belgrado, para ir á poblar los valles de Europa ó las estepas de la Crimea. Kiuperli, sin ejército enemigo ante él y replegando el suyo á Belgrado para pasar el invierno, dejó á los tártaros inundar la Hungría. Los polacos le pidieron el auxilio de sus tártaros contra los rusos, pero él despidió á los enviados, amenazándoles volverse contra ellos si continuaban entendiéndose con los imperiales, cuando él hacia la guerra á la Alemania.

En la primavera de 1664, Kiuperli renovó la invasión de la Hungría con tropas de refresco. El sultan, desde el fondo del haren ó desde los bosques de Andrinópolis, asistía á las hazañas de su visir. Se habia

casado el año anterior con una griega nacida en Creta, cogida por los turcos en la toma de Retimo. El serdar de Creta, Hussein, admirado de su belleza, la habia juzgado digna de su señor y la habia ofrecido en presente á la sultana Validé. Su nombre era Rebia Gulmisch, es decir *abeja que bebe el caliz de las rosas de la primavera*. La afición que tuvo Mahomet á esta joven esclava de negros cabellos, contrabalanceó muy pronto el ascendiente que tenia en su corazón la Validé de dorada cabellera.

Rebia Gulmisch dió en la primavera al sultan un hijo, que fué llamado Mustafá. Esta fecundidad precoz consolidó su crédito.

XXI

En este intervalo, la Alemania, amenazada con una invasión mayor, armaba siete meses hacia á todos sus defensores. Zriny, apellidado *Estaca de Hierro*, avanzaba con los húngaros reunidos hácia Transilvania; el conde de Souches marchaba sobre Neutra. Hohenloe, Strozzi, generales del Austria, seguidos por cuerpos italianos y franceses, concertaban un plan de